

Biblioteca Infantil Argentina



EL HIJO DE LA ESCLAVA

Ada M. Elflein



Biblioteca Infantil Argentina

El Hijo de la Esclava

POR

ADA M. ELFLEIN

20.192

CON ILUSTRACIONES

▽
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EMPRESA EDITORIAL «UNIVERSO»

CASILLA CORREO NÚM. 1687

BUENOS AIRES

1918



Propiedad registrada
de acuerdo con la ley
N.º 7092.

(Prohibida su reproducción)



A negra Ramona era esclava de la familia de Núñez. Su amo la había comprado cuando acababa de llegar a Buenos Aires en el buque negrero que la trajo de Africa, su patria.

Incorporada en la servidumbre de la casa, pronto fué descubriendo su buena índole y haciéndose estimar por iguales y patronos; sobre todo por los cinco «amitos», es decir, los niños de la familia, a los que quería entrañablemente.

A menudo explicaba ella que su amor por los niños provenía de que también tenía en Africa, un hijito que los «negreros» o cazadores de esclavos le habían arrancado de los brazos.

—Yo también tiene hijo... allá... Angola— decía en su mal español, señalando hacia el río que se veía desde la azotea de la casa. —A mí agarra hombre malo y me llevó barco... yo grité, hijo gritó, hombre pegó...

Hijo allá, yo acá,—y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Pobre Ramona!—decía la buena señora, enternecida, y su nena menor, la pequeña Isabel, acariciaba con sus manitas rosadas y gordas el negro rostro de la esclava, repitiendo mimosa y compasiva:

—¡Pobe Lamona!

Pero el predilecto de Ramona fué, desde el primer día, Felipe, el hijo mayor de la casa, el que, según ella, tenía la edad de su propio hijo. Y Felipe, aunque tiranizaba a la negra, como niño mimado que era, solía defenderla a capa y espada cuando se ofrecía la ocasión, y le hacía pequeños regalos.

—Cuando sea grande—decía en sus momentos de generosidad—te dejaré libre para que vayas a Africa, a buscar a tu hijo.

O bien:

—Puede ser que tu hijo venga también a Buenos Aires; entonces lo voy a comprar.

La posibilidad de que su hijo llegase un día a Buenos Aires, era también la esperanza de Ramona; triste esperanza, pues significaba

la esclavitud para el muchacho, pero era el único modo de volver a verlo. Y la pobre negra, cuando iba por la calle, no miraba sino a los negritos que cruzaban su camino. Cada vez que veía uno, temblaba angustiada, entre el deseo de encontrar a su hijo y el temor de que fuese esclavo como ella; y cuando veía que no era él, suspiraba sin saber si lo que sentía, era alivio o decepción.



—¿Qué te parece, Felipe, si en vez de gastar todo ese dinero...?

II

Tenía trece años Felipe Núñez, cuando falleció su padrino, quien siempre le había profesado gran cariño y le dejaba un legado de mil pesos.

Mil pesos en el año 1811—época de esta

historia,—aunque no significaba una fortuna, era una suma muy apreciable, pues el dinero tenía más valor que hoy en día.

Felipe estaba mareado con la posesión repentina de una cantidad que se le antojaba fabulosa. Parecíale que podría comprar todo lo que había en Buenos Aires. Por lo pronto, ya había echado el ojo a una lindísima jaquita alazana, con rica montura y arreos de plata, que era ofrecida en venta. Además pensaba adquirir una lancha a vela para salir a pescar; un sinnúmero de regalos para sus padres, hermanos y amigos, y otro sinnúmero de cosas inútiles.

Cuando llegó a hacer el presupuesto de todo lo que pensaba gastar, su cara se puso casi tan larga como la cuenta que acababa de echar, pues ésta excedía en mucho a su capital.

Su padre le dió una palmadita en la mejilla, encarnada primero por el entusiasmo y luego por el desencanto.

—¿Qué te parece, Felipe, si en vez de gastar todo ese dinero, lo pusieras a rédito? Me lo entregas y yo lo hago trabajar con el mío, y tú cobrarás los intereses, o, mejor aún,

los agregamos al capital para aumentar éste.

—¡Magnífico! — exclamó Felipe. — ¿Cuándo podré cobrar los primeros intereses? ¿Será mucho? ¿Más de veinte pesos por mes?

Rióse el señor Núñez de las descabelladas ilusiones de su hijo, y procedió a explicarle, sin entrar en detalles que el niño no entendería, cómo calculan los comerciantes el rédito de una suma de dinero y la forma en que acostumbran liquidar los intereses. Felipe se quedó bastante cabizbajo cuando comprendió que los mil pesos, fortuna inmensa en su fantasía, aún impuestos al generoso tanto por ciento que le asignaba su padre, no producirían ni remotamente los veinte pesos mensuales que había imaginado. Pero acabó por consolarse cuando aquel le hizo ver que, con el tiempo, el pequeño capital con los intereses acumulados llegaría a duplicar y hasta a triplicarse.

—Bueno, papá—dijo al fin,—como le parezca. Pero—añadió suplicante—¿no podré gastar nada, nada en comprar algo que me guste?

—Voy a darte el placer—respondió el señor

Núñez.—Reservaré cien pesos, que estarán a tu disposición. Piensa bien cómo los vas a emplear, y ten entendido que no te los daré para ninguna tontería. No necesitas la jaca alazana, porque ya tienes caballo; y en cuanto a la lancha, no la comprarías con cien pesos, ni estás en edad de poseer semejante cosa. Conque piénsalo bien.

Quedó conforme Felipe. Ya hallaría alguna cosa estupenda en qué gastar su dinero, y, entretanto, no fué poco el tono que se dió con su «fortuna».



Felipe volvía de la escuela, cuando se encontró en la calle con sus dos hermanitas, que al cuidado de Ramona, iban a casa de los abuelos. Las acompañó un trecho, conversando con ellas, mientras la esclava caminaba detrás.

Un grito de Ramona los hizo volver de repente, y vieron a la criada correr hacia el otro lado de la calle y abalanzarse sobre un negrito, al que tomó en sus brazos, cubrién-



—¡Oh, Dios mío, he vuelto a encontrar a mi hijo!

dole de apasionados besos y hablándole en su propia lengua africana.

Absortos se quedaron los niños. ¿Qué le pasaba a Ramona? Y la pequeña Isabel dijo de pronto:

—¿Habrá encontrado a su hijo?

Isabel lo había adivinado. La negra vino hacia ellos, trayendo al muchacho de la mano, riendo y llorando al mismo tiempo.

—Amitos, este es mi hijo—exclamó, tropezando con las palabras en su sobreexcitación.—Cinco años que no lo veo, y lo he reconocido en seguida. Lo han traído a Buenos Aires hace poco... ¡Oh, Dios mío, he vuelto a encontrar a mi hijo!

Los tres hermanos estaban muy impresionados. Comprar o vender un esclavo era en las antiguas colonias españolas cosa tan corriente como lo es hoy contratar a un criado cualquiera. La esclavitud formaba parte de las costumbres de la sociedad, y los niños de entonces no la consideraban de ningún modo tan monstruosa como les parecería a los muchachos modernos. Pero en las provincias hoy argentinas, los negros no fueron nunca víctimas de las horribles crueldades

que sufrieron en las colonias inglesas, francesas y portuguesas y en los Estados Unidos. Por el contrario, fueron tratados, en general, con tanta bondad, que ha habido ejemplos de esclavos que no quisieron aceptar la libertad que les ofrecían, por no separarse de sus amos. Además, en este caso especial, se trataba de una esclava particularmente querida por su buen carácter y fidelidad, y había hablado tantas veces de su hijo perdido, que a Felipe y sus hermanitas les pareció un antiguo conocido. Le dirigieron, pues, algunas palabras amistosas, supieron que ahora (es decir, desde que fué bautizado) se llamaba Martín, que sus amos eran buenos y que acababa de llegar con ellos de Montevideo, donde le habían comprado a los negreros.

Los señores Núñez, cuando se enteraron del suceso, dieron a Martín permiso para visitar a su madre cuantas veces se lo permitiesen sus propios amos, y a su vez Ramona podría ir a verle siempre que fuese posible.

IV

Ramona vivió como transfigurada durante algunos días. Pero su dicha debía desvanecerse tan repentinamente como se había presentado.

Cierta mañana llegó al aposento de su ama, con el delantal en la cara y sollozando como si estuviera por estallarle el corazón.

—¿Qué tienes, Ramona? ¿Qué te pasa?— preguntó la señora alarmada.

—¡Ay, señora, usted no sabe!—lloró la esclava.—Se lo llevan otra vez al chico... sus amos se marchan al Perú.: dicen que eso queda muy lejos, que hay que andar en carreta o en coche muchos, muchos días, y después pasar unas montañas donde se mueren de frío los que no están acostumbrados... y una vez allá, si llega, no lo veré más, ¡nunca más!—y la pobre esclava se dejó caer de rodillas y lloró desesperadamente.

Demasiado sabia la señora que la negra decía verdad, y que una vez en el lejano Perú, sería más que casualidad que el pobre negrito volviese alguna vez a Buenos Aires.

—Mamita, ¿por qué no compramos a Martín?
—preguntó Isabel, conmovida por el llanto de la esclava.

—No creo que sea posible,—dijo la señora pesarosa.—Papá ha tenido grandes gastos últimamente, y en vez de comprar vendería más bien.

Felipe no dijo nada. Mientras su madre y hermanitas trataban de consolar a Ramona, él salió despacito al patio, donde se apoyó en uno de los pilares y se puso a silbar suavemente, según era su costumbre cuando necesitaba resolver algún grave problema.

Se había acordado de pronto de los cien pesos que podía gastar a su antojo...

V

El señor Núñez estaba en su escritorio cuando entró Felipe.

—¡Hola, Felipe! ¿De dónde vienes a estas horas? ¿Ha sucedido algo en casa?—le interrogó.

—No, papá,—dijo Felipe muy cohibido.—Vengo... vengo a pedirle que me dé los cien pesos.

—¡Ah! Vamos a ver lo que se te ha ocurrido. El muchacho estaba encarnado. Le parecía muy difícil explicarse. Al fin lo hizo, tartamudeando.



—No, papá. Vengo a pedirle que me dé los cien pesos.

—Al hijo de Ramona... ¿sabe, papá? sus amos se lo llevan al Perú... y ella dice que no lo verá más, y que mejor hubiera sido que no lo hubiese encontrado para

volver a perderlo en seguida. Y... y yo vengo a pedirle permiso para comprar a Martín.

Su padre lo miró fijamente.

—¿Lo has pensado bien, Felipe? ¿No te arrepentirás luego? ¿Para qué quieres al negro?

—No lo quiero para mí, papá. Es para que esté con la madre... ¡viera como lloraba la pobre!—Y a Felipe se le llenaron los ojos de lágrimas.

El señor Núñez le atrajo cariñosamente.

—Bien, mi hijo, tu propósito es muy noble y pongo el dinero a tu disposición. Pero...

vamos despacio,—interrumpió las exclamaciones de júbilo de Felipe,—calma, muchacho. No sabemos cuánto pedirá el amo por el negrito; ni siquiera sabemos si está dispuesto a venderlo. Hay que averiguar primero. Yo iré ahora mismo a ver a ese señor.

Se levantó para tomar su sombrero.

—¿Y si pide más de cien pesos?—preguntó Felipe, temblando de excitación.

—Entonces yo pondré el resto—respondió sonriente su padre.

VI

Al otro día, el señor Núñez llamó a Ramona y le dijo, presentándole a Martín:

—Aquí tienes tu hijo, Ramona; el niño Felipe acaba de comprarlo.

La esclava se quedó como atontada.

—Comprarlo... a mi hijo... el niño Felipe... —murmuró como si no comprendiera. Y de pronto, fuera de sí, cayó de rodillas ante el «amito» besándole las manos y sollozando bendiciones y frases incoherentes sin saber lo que decía.

—¡Es suyo, niño!—exclamó exaltada.—Y como un perro le ha de servir.

—No,—dijo su amo, poniendo una mano en la cabeza de su hijo avergonzado y otra en la del pequeño esclavo.—Felipe no hará de Martín un perro, sino un criado fiel y un hombre útil. Así irá preparando el día en que no haya esclavos y blancos y negros sean iguales en esta tierra.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

FIN.





BIBLIOTECA INFANTIL ARGENTINA

VOLÚMENES PUBLICADOS

Un deseo cumplido

El vendedor de leña

A mano

La visita del Presidente

El Ñato

La Partida

Cacho

El hijo de la esclava